

Savonarola: una Pasión Contra su Siglo

Por

CARLOS E. HALLER

VAMOS a rememorar la existencia de un hombre que intentó erigir la ciudad de Dios y la política de Cristo en esta tierra, batallando con la sola fuerza de su fe y de una retórica encendida. El interés que su biografía despierta puede tener origen en su acción descabellada, o en la época apasionante que le tocó vivir, o en las consecuencias no previstas de su obrar, o más bien en todos estos elementos combinados. Lo tiene, asimismo, en la extraña lucha de su alma con los tres enemigos de la misma: el Demonio, la Carne y el Mundo, y en el modo cómo fue derrotado por este último sin que los dos primeros pudiesen vencerle.

En efecto: mantuvo siempre la creencia en Dios y la pureza de sus acciones, pero cometió el error, para él fatal, de no cerrarse al mundo, de no escapar a su influencia, no obstante haber seguido la vocación que más podría haberlo ayudado a evadirse de él: el sacerdocio. Por lo contrario, combatió contra ese mundo odiándolo con todas sus fuerzas y prestándole, con dicho odio, una realidad y un poderío tal que finalmente lo agobiaron.

Fue Savonarola de temperamento introvertido, pero también apasionado y vehemente. De ahí que todas las batallas y anhelos de su vida se resolvieran, en primer término, dentro de su propia conciencia.

Nacido en Ferrara el 21 de setiembre de 1452, lo vemos partir, veintidós años después, con destino al convento que había elegido como refugio contra ese mundo tan odiado: el mundo del *Quattrocento*

italiano. Su conocimiento de la corrupción reinante en ese tiempo no pudo ser empírico, en razón de las limitaciones de carácter y de familia que lo cercaron, sino que debió de ser el fruto de ajenas referencias. El desprecio que ese mundo así entrevisto le inspiró, atizado por el fuego de las lecturas bíblicas, no hubiera sido a buen seguro tan obsesivo si hubiese tenido la oportunidad o el valor de rozarse más directamente con él, durante sus años juveniles.

Estamos hoy en condiciones más ventajosas que los propios hombres del Renacimiento, para comprender en toda su magnitud el grado de inmoralidad reinante en aquella época. Savonarola, muchacho retraído y puro desde la niñez, no pudo haber conocido en su hogar de Ferrara sino una porción ínfima de la total degradación reinante. Pero ese poco le sirvió para alimentar frondosas imaginaciones que le hicieron desear bajara el fuego divino sobre su ciudad y sobre Italia toda.

Además, su falta de contacto efectivo con la realidad del mundo que le rodeaba le impidió distinguir las virtudes que florecían en el lodazal de su tiempo. Le faltó la capacidad evangélica de admirar como perlas los dientes blancos en la boca del perro muerto. Es que, al lado de los vicios y violencias, el *Quattrocento* italiano pudo ostentar asimismo numerosos ejemplos de grandeza, de virtud y de sacrificio. No olvidemos que en dicho siglo brillan las vidas de San Bernardino de Siena, de Fra Angélico de Fiésolo, de San Juan Capistrano y de San Francisco de Paula.

Durante quince años, Savonarola llevó en el convento una vida silenciosa y calma, ignorado de las multitudes. Fueron años de preparación intelectual, de disciplina ascética y de contención acumulativa de pasiones, las que al verse comprimidas redoblaron su fuerza. En esos quince años tienen que haber pasado por él numerosas y potentes experiencias interiores. Ya no podía dar libre vuelo al individualismo egocéntrico que lo caracterizara en sus años adolescentes. Ya no estaba solo. Se debía a una orden monacal, a una disciplina interior y exterior que le era impuesta por las reglas, ejercicios y

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

métodos de la congregación a la que voluntariamente se había unido. La pasión de su adolescencia había de adaptarse ahora, en gran medida, a los moldes de la norma religiosa. Y se plegó a ésta de una manera tan total y absoluta, que llegó a ser ejemplar la austeridad con que domeñó su carne y la excelente disposición, rayana en el masoquismo, con que se ofreció a realizar los más humildes menesteres del Convento.

Sin embargo, todo ese apasionado sometimiento a la purificación y al sacrificio suele ir acompañado —como lo iba, en efecto, en el alma de Savonarola— por un creciente lastre de orgullo y soberbia, esos pecados capitales tan característicos del Renacimiento y por los cuales fue Savonarola un verdadero hombre de su tiempo.

La Biblia y las obras de Santo Tomás de Aquino, ya admiradas y queridas desde su libre adolescencia, se convierten en los dos elementos básicos de su formación intelectual durante los años conventuales. Había ingresado Savonarola en una congregación religiosa, la de los dominicos, que era por antonomasia la Orden de los Predicadores. Por esa razón, a sus estudios teológicos debió agregar la búsqueda intensiva de un arte oratoria, de un estilo de elocuencia adecuado a dicha misión. Fue precisamente en su Ferrara natal, a donde había sido enviado para completar estudios de nivel universitario, donde inició el ejercicio activo de la predicación. Las primeras experiencias en ese sentido resultaron un fracaso, pero quizá le ayudaron a encontrar, por contraste, un estilo más directo, más personal, más inflamado y eficaz que el de los alambicados períodos de la oratoria académica.

A raíz de una guerra que se desencadenó en 1482 entre Venecia y Ferrara, y en la que prestamente intervinieron otros estados y ciudades italianas, los superiores de Santo Domingo dieron orden a los religiosos de repartirse por lugares más pacíficos. Fray Jerónimo Savonarola fue destinado al convento de San Marcos de Florencia, que fue en realidad su convento, el centro espiritual de su vida en la ciudad que había de contemplar su rebelión y su muerte.

En esta Florencia del siglo XV vio por primera vez, en toda su magnitud, a aquel enemigo tan odiado de su alma: el Mundo. Pero no ya a través de vagas referencias y de exaltadas imaginaciones, sino vivo, palpitante, real, con su mezcla de libertad y tiranía, y de cultura y barbarie, de cristianismo y paganismo.

Sus comienzos como orador sagrado en las iglesias florentinas distaban mucho de ser promisorios. En una época que redescubría y aplicaba los modelos de la oratoria greco-romana, considerándolos como el *summum* de la perfección y de la armonía, Savonarola desarrolló una elocuencia áspera, directa, con fuerte sello personal y dirigida con recio impacto al corazón, más que al intelecto, de las gentes que acudían a escucharle.

De principio, a decir verdad, su auditorio no tenía precisamente carácter multitudinario, ya que muchos desdeñaban la imperfección formal de su predicación y no faltaban en Florencia púlpitos más elegantes, más refinados, más clásicos y contemporizadores desde los cuales se podía escuchar, con menor sacudimiento íntimo, el mensaje de Dios.

¿Cuál era la índole de sus predicaciones? Unas pocas ideas obsesivas volvían una y otra vez a expresarse: el relajamiento de las costumbres, la corrupción de la Iglesia y de sus sacerdotes. Y como corolario de todo ello, acudían a sus labios imágenes pavorosas de la Biblia, anuncios del castigo de Dios por tanta impiedad, reproches y censuras dichos en el tormentoso estilo de los viejos profetas.

Su escaso éxito como orador de púlpito e iglesia movió a sus superiores a enviarlo como predicador ambulante a las tierras de la Lombardía, su región natal. Marchó luego a Génova, y allí se encontraba cuando fue llamado de regreso a Florencia. Interpretó esta orden de sus superiores como un mandato de Dios. Imaginó que algo sobrenatural y necesario lo ataba a la ciudad de Florencia, aquella Babilonia del *Quattrocento* que él se sentía predestinado a reedificar y regenerar desde sus cimientos. Reintegrado a los claustros del convento de San Marcos, fray Jerónimo Savonarola volvió allí a su oficio de lee-

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

tor de la Biblia, instructor de novicios en la comprensión y exégesis de la Sagrada Escritura. Como por un milagro, las lecciones de aquel predicador otrora fracasado empezaron a trascender de las aulas conventuales, atrayendo a un público heterogéneo de todos los puntos de la ciudad. En vista del éxito inesperado, los superiores confiaron a fray Jerónimo la predicación dominical en la iglesia del convento. El auditorio fue numerosísimo, y creció con cada nueva exposición del enjuto y atormentado sacerdote. Pronto la iglesia de San Marcos fue pequeña para contener a tan inmensa muchedumbre, y hubo de continuar las lecciones en la mismísima catedral florentina, decorada con los frescos de Brunelleschi.

Poco a poco, Savonarola comienza a sentirse un iluminado de Dios, enviado por El a comunicar a los demás hombres el mensaje recibido desde lo alto. Pero aún mantiene en secreto ésta, su intuición. Continúa, mientras tanto, obteniendo más y mayor éxito en sus alocuciones, creando paulatinamente en el ambiente florentino de su época una fuerza, una autoridad, o como diríamos hoy, un *grupo de presión* o un *factor de poder* al margen de los Médicis.

Había sido el propio Lorenzo el Magnífico, *duce* de la ciudad y prototipo del tirano renacentista cultivado e inescrupuloso, quien a instancias del joven Juan Pico della Mirandola hizo volver desde Génova al otrora fracasado predicador dominico. Lo extraño es que ahora, al notar el rumbo que tomaban los acontecimientos al conjuro de las inflamadas voces de Savonarola, nada hiciera el Magnífico para disipar esa fuerza que se iba oponiendo a su soberano poder. Por cierto que la prédica del fraile no atacaba a los Médicis en persona; pero iba dirigida a exterminar hasta sus raíces toda la concepción de la vida y de la moral que tanto los Médicis como el Papado, los Colonna como los Orsini representaban por aquel entonces.

Por mucho menos que aquéllo, el propio Lorenzo había desterrado y eliminado a adversarios de menor fuste. ¿Se explica su tolerancia porque también él, hombre pecador e inteligente, habrá dado paso hasta su alma al ideal de vida cristiana verdadera que Savonarola

pretendía resucitar? ¿Habría comprendido la vacuidad de una existencia pletórica de goces terrenales, de poder discrecional y de humanismo huero y paganizante? Nunca sabremos esto con certeza, pero no es vaga teorización el suponerlo.

En 1491, fray Jerónimo Savonarola es nombrado prior del convento de San Marcos, es decir, director del claustro dominico de Florencia. Era tradición que, al asumir su cargo un nuevo prior de San Marcos, su primer acto oficial consistiera en visitar a los Médicis. Savonarola no lo hizo. El *duce*, lejos de molestarse por ello, quiso ir a su encuentro. Pero su orgullo le impedía solicitar una audiencia al incorruptible fraile. Prefirió rondar, en breves paseos por las tardes, los claustros del convento, esperando que la casualidad le deparase una conversación con Savonarola. Cuando officiosos hermanos comunicaron a éste que Lorenzo estaba en el jardín, preguntó: —*¿Ha pedido hablarme?* Y ante la respuesta negativa, se limitó a decir: —*Bueno, dejadle que pasee a su voluntad.*

Con semejante indiferencia veía Jerónimo Savonarola la proximidad del hombre más poderoso de la República Florentina. Lo cual no le impidió, por cierto, un año después, acudir con solícita diligencia sacerdotal al lecho de muerte del Magnífico cuando éste pidió recibir de él los últimos sacramentos. Ya no era al tirano de Florencia, sino al hombre en trance de morir, a quien Savonarola obedecía con ese gesto.

Y mientras así crecía su autoridad moral y su ascendiente sobre el pueblo de Florencia, más perdía su sosiego interior, la paz del alma que toda auténtica vivencia religiosa debe comportar.

Es que él se hallaba en guerra contra el mundo, y a medida que sus sermones y prédicas lo ponían en mayor contacto con ese odiado enemigo, menor era la paz de que podía gozar. No había aprendido en sus casi veinte años de vida conventual, ni lo aprendería por el rcsto de aquélla, su existencia en la tierra, que el triunfo sobre el mundo no puede conseguirse con el odio y el combate, sino sólo por el amor desinteresado que lleva a la extinción del deseo.

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

Lo más portentoso de este intenso drama espiritual reside en el hecho de que Savonarola no sólo tiene plena conciencia del mismo, sino que llega, inclusive, a confesarlo de viva voz al pueblo florentino. En la prédica del 21 de diciembre de 1494, desde el púlpito de la Catedral, desgrana ante sus oyentes las tristes frases de la *Parábola del joven pescador*, que terminan así: . . . *de manera que habiendo llegado yo a alta mar, no veo ya puerto alguno al que volverme ni en el que halle mi propia paz.*

Quizás fue esta pérdida de la tranquilidad interior la que por aquel tiempo orientó sus pasos y sus acciones cada vez más en dirección a la exterioridad, hacia los problemas políticos. En realidad, su primer aprendizaje y adiestramiento en el ejercicio del poder lo obtiene, precisamente, como prior del convento de San Marcos. A sus instancias fueron movidas las influencias políticas y eclesiásticas ante el Papa, a fin de que éste acordara —como lo hizo— la tan ansiada reforma jurisdiccional y religiosa a los dominicos de San Marcos.

No consistía esta reforma, en resumen, sino en la autonomía administrativa y disciplinaria de la Provincia Toscana de la Orden Dominicana, que con ello se independizó de Milán, y en una vuelta a la pureza evangélica de las reglas dominicanas primitivas, que se habían aflojado un tanto por el contacto con la general disolución renacentista: sencillez arquitectónica de los conventos; sobriedad en la alimentación y en el vestido; pobreza individual de los frailes y colectiva de la congregación; interrupción y abandono del trato con el mundo circundante, salvo la actividad predicadora; cultivo de ejercicios espirituales como el silencio, la meditación contemplativa, el éxtasis. Todos ellos rasgos comunes a cuanto movimiento de reforma se había ensayado y se hubo de intentar en el seno del cristianismo. Sin embargo, a diferencia de otros reformadores, fray Jerónimo Savonarola no sostuvo jamás proposiciones heréticas y fue siempre un ortodoxo en la doctrina, aunque rebelde e intransigente en la acción.

Por aquella época (año de 1494), continuaba *in crescendo* el tono trágico y admonitorio de las prédicas del fraile ferrarense. Con imá-

genes tomadas del Antiguo Testamento, anunciaba el inminente cataclismo que por obra de un *nuevo Ciro* habría de desencadenarse sobre Italia. Asumía, de este modo, la exaltación de la actitud profética, aunque en rigor de verdad no eran profecías desde el punto de vista sobrenatural los anuncios de sucesos que ya estaban en la mente y en el sentir de todos sus contemporáneos, Carlos VIII de Francia preparaba una grandiosa expedición militar contra el reino de Nápoles, con el fin de arrojar de allí al rey Ferrante, retoño bastardo de la dinastía de Aragón. El ambiente de sicosis colectiva que la proximidad de este hecho había creado, contribuía a que las palabras de Savonarola fueran recibidas por sus oyentes con el estremecimiento emocional y la abdicación del raciocinio que toda sugestión de masas involucra.

Savonarola pertenecía a esa clase de hombres que creen ver la intervención directa de Dios en todos los acontecimientos de la vida cotidiana. Era un providencialista nato. Desconocía aquella otra concepción de la providencia divina, más acorde con la lógica, que sin negar que —en última instancia— todo proviene de Dios y ha de seguir sus caminos, admite sin embargo un amplio margen de improvisación y de libertad dentro del cual, de hecho, se mueve el albedrío de las criaturas. Fray Jerónimo olvidaba esta libertad del espíritu para introducir nuevas causas en la cadena de la evolución, y subestimaba la virtud creadora del hombre en el universo y en las regiones de la realidad.

Lo cierto es que, para Savonarola, la entrada del rey francés en Italia constituía el merecido castigo de la depravación, por mano directa e inmediata de Dios. Visto con aquella perspectiva, tal acontecimiento tenía que ser, por fuerza, bienvenido, y el fraile dominico se contó desde el primer momento entre quienes propiciaban una actitud de apoyo al soberano francés, y de sabotaje contra la tiranía de Pedro de Médicis, quien en un principio estuvo inclinado en favor del rey de Nápoles, aunque luego la adversidad del destierro le hizo arrojarse a los pies del invasor. Pues lo cierto fue que el pueblo

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

de Florencia, mediante una rebelión casi espontánea y bien pequeño-burguesa, puso fin a la tiranía de los Médicis en la persona del menos capaz de los miembros de esta familia, e invocó la protección francesa en nombre de una libertad que no era sino un cambio de amos.

Después de la expulsión de Pedro de Médicis, no quedaba en la ciudad más que un solo hombre con prestigio suficiente como para asumir la autoridad moral sobre los florentinos: fray Jerónimo Savonarola.

Fue así que comenzó a exponer sus ideas políticas. En lo íntimo de su convicción se inclinaba por el ideal monárquico, siempre que el rey fuera un *hombre bueno*. Pero hace asimismo una concesión a la realidad —cosa rara en él— al expresar que *en las zonas medias, como es Italia, donde abundan juntamente la sangre y el ingenio, los hombres no están en paz bajo un solo jefe, pues cada uno de ellos quisiera ser este jefe que gobernase y dirigiese a los otros y pudiese mandar sin ser mandado... En estos lugares, en que la naturaleza no tolera un superior, es mejor el gobierno de muchos que el de uno solo...*

La forma concreta de organizar este *gobierno de muchos* en Florencia también ocupó su atención. Auspiciaba ante todo una paz o indulto general para conseguir la unión de los florentinos, olvidando que ninguna ley de amnistía será capaz, entonces ni hoy, de borrar el odio y el rencor almacenados en los corazones. Recomendaba como muy buena la forma de gobierno de los venecianos, la que respondía a una sabia combinación, más o menos equilibrada, de monarquía, república y oligarquía.

Poco tiempo después, cuajaban en el *Consiglio Maggiore* algunas de las ideas de Savonarola, refirmadas luego por la designación de diez ciudadanos de especial competencia, encargados de estudiar y redactar las leyes más urgentes.

Esta labor orientadora del fraile dominico no quedaba circunscripta, ni mucho menos, a la sola esfera político-institucional: consti-

tuía tan sólo un eslabón de una vasta cadena de reformas propugnadas por el *frate*, reformas, sobre todo en el plano de la moral y de las costumbres, tendientes a convertir a esta corrupta Florencia renacentista en una especie de *civitas dei*, en una *Ciudad de Dios*, y con su ejemplo contagiar a toda Italia. *Florencia* —exclamaba desde el púlpito—, *si quieres que tu gobierno sea estable y fuerte y que dure mucho, es preciso que te conviertas a Dios y al bien vivir...; ...Los sacerdotes deben ser el espejo del pueblo...; por eso, los malos sacerdotes y los malos religiosos sean excluidos*. Predicó también contra el desenfreno sexual, la sodomía, las tabernas, las vestiduras indecentes de hombres y mujeres, la usura, etc., y ejerció sobre dichas actividades una policía directa y contundente, por medio de la *milicia infantil* creada a instancias suyas.

De esta época arrancan también, en forma concreta, aunque ya habían sido insinuados en su juventud, los ataques de Savonarola contra Roma, contra la Silla Pontificia y, más precisamente, contra el Papa Borgia, Alejandro VI, a quien echaba en cara su lujuria, simonía y otros pecados, y el daño que con ellos causaba a toda la comunidad de los fieles.

Esta tendencia reformadora entre los miembros sanos de la Iglesia no era nueva en aquel tiempo. Ya circulaba por varios países de Europa desde hacía tres siglos. Pero quienes participaban de la misma, no recurrían a idénticos medios. Unos procuraban alcanzar efectos correctivos del estado de cosas existente, mediante la oración, el sacrificio y la influencia de su ejemplo sobre la comunidad en que les tocaba actuar. Otros asumían la lucha con criterio personalista y rebelde, y entre éstos estaba Savonarola, quien sin embargo no se apartó de la ortodoxia dogmática contenida en las enseñanzas eclesiásticas, como sí lo hicieron otros reformadores.

Guarecido, pues, en su ortodoxia como en una caparazón que parecía defenderlo contra todos los ataques, Savonarola intensificó su lucha contra Roma y la jerarquía eclesiástica, dentro de un cristianis-

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

mo que aún no estaba maduro para comprender y recoger el sentido de su mensaje.

Desde Roma comienzan a llegarle las primeras advertencias, pero él las desoye. Preparándose para futuras embestidas, ensaya en enero de 1495 un gesto teatral con el que se hace precursor moderno de muchos dictadores: anuncia al pueblo su retirada de los problemas políticos, su vuelta a la celda de monje. Había calculado ese gesto para provocar una reacción favorable hacia su persona entre los florentinos, y la obtuvo.

Claro está que no toda Florencia lo apoyaba. La mayor parte de los frailes franciscanos, como pertenecientes a una orden rival de la de Santo Domingo y envidiosos de la preponderancia alcanzada por esta última a través de fray Jerónimo, le eran hostiles, como hostiles le eran asimismo todos los hombres viciosos de la ciudad, a cuyas costumbres intentaba poner coto el predicador.

Aun entre los clérigos de su propia Orden, la adhesión a Savonarola no era total ni mucho menos, porque había quienes opinaban, no sin razón, que el fraile había complicado innecesariamente los negocios religiosos con los políticos, exponiendo a los primeros a toda escaramuza que se suscitara por causa de los segundos. En esto, como en muchas otras cosas, Savonarola no conocía términos medios: actuaba desde la totalidad de su ser y no podía escindir los impulsos de su mente de los arrebatos de su alma, ni dividir su actuación en compartimentos estancos.

A la luz de un examen actual de sus intentos de reforma, vemos que Savonarola tenía una idea catastrófica, apocalíptica de la misma. No creía, al parecer, en las reservas morales de la propia cristiandad para iniciar desde dentro el movimiento reformador. Había predicho que la Iglesia se renovarían *per gladium*, por la espada, y que nada se puede reformar si no se hace antes un gran destrozo.

Naturalmente, el brazo que manejaría aquella espada era el de Carlos VIII de Francia, el *nuevo Ciro*, quien después de la toma de Nápoles se vio enfrentado a una poderosa liga de estados italianos

instigados, asimismo, por Maximiliano de Austria, y debió retroceder con su ejército, desandando el camino por el que había llegado. La adversidad del rey francés no hizo vacilar la adhesión que Florencia, es decir Savonarola, le dispensaba, y de ese modo siempre tuvo el invasor una región italiana adicta, que le permitiría refugiar sus tropas en ella o utilizarla como puente para la retirada.

Sin embargo, al espíritu providencialista de fray Jerónimo no se le escapó la evidencia de la derrota del francés, la que de inmediato atribuyó al castigo de Dios por la inconducta de los invasores, por los desmanes y saqueos de la soldadesca extranjera, por el incumplimiento de Carlos VIII a su promesa de trabajar por la reforma de la Iglesia y de devolver a Florencia ciudades y plazas que le pertenecían. Así se lo hizo saber Savonarola al rey francés, con palabras que en forma casi textual rezaban así: *...Por no haber llevado a cabo, como era su deber, la reforma de la Iglesia y por haber consentido que sus gentes saqueasen y robasen al pueblo, tanto a quienes le abrieron las puertas como a los enemigos, Dios dictó una sentencia en su contra; pero si quería tener piedad del pueblo y cuidar de que sus gentes no hagan el mal, Dios revocará esa sentencia; y que no creyese que podía ser liberado de ella con sólo decir: yo no he cometido personalmente ningún crimen.*

Carlos VIII dejó, sin embargo, incumplidas las promesas que había hecho a los florentinos, y tuvo que abandonar el suelo italiano en una vergonzosa retirada, sin que por ello la paz volviera a la península.

El 21 de julio de 1495, mediante un breve papal, Savonarola es llamado a Roma a fin de ser examinado en conversación personal con el Sumo Pontífice y otros dignatarios de la Iglesia, acerca de sus pretendidos dones proféticos. Fray Jerónimo no fuerza todavía la ruptura y, en un gesto evasivo, aduce razones de salud para no concurrir a la citación. El Papa espera hasta setiembre, y el 8 de este mes lanza contra el fraile la prohibición de predicar, bajo pena de excomunión.

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

Dado que los sermones del dominico eran el látigo que mantenía despierto al pueblo de Florencia en los peligrosos tiempos posteriores al derrocamiento de los Médicis, las autoridades de la ciudad lo intimaron a reanudarlos, cosa que Savonarola no se hizo rogar dos veces.

El 7 de noviembre de 1496, la lucha contra Savonarola toma un camino indirecto: por un breve expedido en esta fecha, el Papa priva de su autonomía a la congregación de dominicos que tenía su cabeza en San Marcos de Florencia. Savonarola se resistió a la medida. Dijo que la disciplina de San Marcos era mucho más rígida que la de los conventos romanos y que, por lo tanto, el breve pontificio contenía una orden contraria a los deberes que él, fray Jerónimo, tenía contraídos ante Dios por el bien de las almas de su circunscripción. Por lo tanto, era lícito desobedecer a esa orden.

No obstante hacer gala de extraordinaria sutileza en la argumentación tendiente a justificar su rebeldía, muchos de sus partidarios no se dejaban convencer ya por un sacerdote que, de hecho, se hallaba excomulgado al infringir la prohibición de predicar que el Papa le impusiera. Es así como se fue insinuando y rápidamente extendiendo la crisis en el favor popular de que gozaba el *frate*.

Y mientras iba arceciando la tempestad contra su audaz esqui-fe, más se endurecía la mentalidad neo-medieval (llamémosla así) de Savonarola, al punto de que por su influencia ya se estaba implantando en la libre Florencia un estrecho régimen de dictadura de las costumbres. Las tabernas y burdeles se cerraban. Milicias de jóvenes y niños, organizados corporativamente, apedreaban por las calles a los hombres y mujeres de cuya integridad moral se sospechaba. Se tenía por delito jugar a los naipes, aun en el interior de las casas de familia. En la *Signoria* y en el Consejo se estaban redactando las reglas sobre la vestimenta correcta que debían llevar hombres y mujeres.

Con este proceder autoritario, Savonarola evidenciaba que su lucha contra Roma no era una lucha por la libertad, sino por una moral heterónoma de raíces religiosas. Y olvidaba que la fe religiosa

y la ética que de ella se desprende, son impulsos emanados, por la gracia de Dios, del libre albedrío humano, y por lo tanto han de ser voluntariamente aceptadas por los hombres para que tengan el efecto de elevar a éstos desde su presente condición a otra más espiritualizada. Nadie puede ser salvado a su pesar y en contra de sus convicciones.

Es así como, sumados los elementos de la turbulencia política florentina, de la desaprobación papal y de la intolerancia moral del fraile y de sus fanáticos adherentes, iba cundiendo el descontento popular contra Savonarola. Se llegó así al extremo, hasta entonces inconcebible, de que su sermón del 4 de mayo de 1496 fuera interrumpido por un estruendoso escándalo suscitado por sus enemigos, en plena catedral. Días más tarde, el 13 de mayo, su Santidad el Sumo Pontífice declaraba excomulgado y sospechoso de hereje a *un tal fray Jerónimo Savonarola, natural de Ferrara, de la Orden de Predicadores, que se dice vicario de San Marcos de Florencia*. Su estrella estaba declinando.

¿Qué significaba esta grave medida de la Iglesia —la excomunión— para quien se hacía pasible de ella? Algo así como el ostracismo de la Antigüedad, la *pérdida de la paz*, la condición de extranjero en su propia tierra. Lo señala claramente el breve de excomunión cuando dice: *...Y además, también bajo pena de excomunión, que todos y cada uno de ambos sexos, así clérigos como seglares, presbíteros como religiosos, de cualquier orden y dignidad, eviten al dicho fray Jerónimo, excomulgado y sospechoso de herejía, y que no hablen ni conversen con él, ni oigan sus predicaciones, ni le presten auxilio ni favor, directo ni indirecto, en cualquier forma que sea, ni acudan al lugar o al convento en que resida...*

Naturalmente, las épocas en que se daba estricto cumplimiento a esas disposiciones estaban tocando a su fin y, además, el breve pontificio caía en medio de una ciudad atizada por los fuegos de la lucha política, como un elemento más a favor de la propaganda opositora, que por contraste hacía más estrecha la unión de los *frateschi*

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

intransigentes en derredor de su líder moral. El mismo día en que se publicaba en las iglesias y conventos de Florencia el decreto de excomunicación, Savonarola y los religiosos de su bando celebraban en San Marcos una misa cuya validez ya había sido negada por el Papa. No se resignaban, sin más, a suspender la participación de sus espíritus en la Comunión y a perder los beneficios del impulso crístico renovador que los sacramentos de la Iglesia suministran. *Importa más obedecer a Dios que a los hombres*, era el lema con que Savonarola justificaba pública e íntimamente su rebeldía contra Roma.

En abril de 1497, el derrocado Pedro de Médicis volvió a rondar por los alrededores de Florencia a la cabeza de un ejército, con evidente propósito de adueñarse de la ciudad. Sus secuaces en el interior de la misma, que debían abrirle las puertas, fueron encerrados por los defensores y el tirano debió desistir, una vez más, de su aspiración retornista. Pero alejado el peligro inmediato, se descubrieron los hilos de la anterior y de una próxima conjura, junto con los planes de exterminio que abrigaban los partidarios del Médicis en caso de triunfar.

Cinco encumbrados personajes fueron detenidos y torturados hasta que confesaron los detalles del plan subversivo. Los magistrados de la *Signoria*, después de largas vacilaciones, pronunciaron contra ellos la sentencia de muerte, cuya apelación por ante el Consiglio Maggiore les fue denegada. Entre el odio encrespado de la muchedumbre, las cabezas de los cinco cayeron en la plaza pública bajo el hacha del verdugo. Fray Jerónimo, el único que hubiera podido impedirlo, asumió la actitud de Pilatos y se mantuvo en su celda, ajeno a la cuestión. En sus sermones había clamado repetidas veces contra los enemigos de la ciudad y del gobierno, diciendo que merecían la muerte. No estaba, pues, en sus ideas ni en su temperamento el gesto de misericordia hacia los adversarios caídos. Y, mientras tanto, el pueblo de Florencia se habituaba cada vez más a ver la sangre de sus propios ciudadanos derramada por las calles...

A todo eso, la paciencia del Sumo Pontífice Alejandro VI se ago-

taba rápidamente ante el pertinaz desafío a su autoridad. El 26 de febrero de 1498 dirigió un breve a la *Signoria* florentina, en el cual amenazaba con el castigo colectivo de la ciudad si Savonarola no era prendido y enviado a Roma de inmediato. Por otro breve de la misma fecha, ordenaba a los canónigos de la catedral que no permitiesen predicar al rebelde en este templo. Y no por obediencia al Papa, sino por el temor a agresiones de hecho en una ciudad que cada dos meses cambiaba de *gonfaloniere*, fray Jerónimo abandonó el púlpito de la catedral para continuar sus sermones en la más modesta, pero también más íntima y resguardada iglesia de San Marcos. Mientras tanto, los magistrados de Florencia escribían al Papa un elogio de Savonarola, con especial mención de su vida religiosa y de los servicios por él prestados a la ciudad, y concluyendo por reconocer que no podían cumplir la orden de su detención. Pero ante la amenaza papal del interdicto y la censura contra la ciudad, lo que implicaba la paralización de todas las comunicaciones con sus vecinos y en especial el bloqueo económico, la burguesía de Florencia buscó soluciones compromisorias que evitaran una ruptura definitiva con el Pontífice. Se acordó rogar al fraile rebelde que cesara por completo de pronunciar sus sermones. El tercer domingo de Cuaresma, fray Jerónimo subió al púlpito por última vez.

¿Cómo podemos interpretar a Savonarola a la luz de las circunstancias de su tiempo? Y decimos *interpretar*, ya que no nos corresponde juzgarlo y mucho menos citar su caso como un ejemplo que se deba seguir o rechazar. Queremos verlo en el pleno ejercicio de sus fuerzas, y también en la estrechez de sus limitaciones, y si para ello el mero análisis de su psicología nos llevaría a terrenos demasiado inciertos, quizá podamos arrojar luz sobre su vida recurriendo al apoyo que la circunstancia histórico-social de la misma nos ofrece.

Digamos, ante todo, que en su conversación privada era casi un humanista, conocedor de los grandes filósofos y sus problemas, nada obcecado en la argumentación y ajeno a todo dogmatismo. Pero cuando subía al púlpito se transfiguraba. Con seguro instinto de orador

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

nato, había intuido que los fieles mantenían la indiferencia ante la rigurosa argumentación lógica del discurso, mientras que se excitaban al escucharle ese tono profético y apocalíptico que iba a hacerle famoso. Fue así que, paulatinamente, el público que asistía a sus sermones le iba exigiendo una osadía y un vuelo cada vez mayores, una más arrebatada elocuencia, un sacudimiento cada vez más fuerte de sus pasiones. De ahí que no siempre se pudiera distinguir qué parte de su retórica estaba expuesta con estudiada premeditación, y qué otra parte le era arrancada por el frenesí del auditorio. No debe confundirsele, sin embargo, con un demagogo: las miras de su acción eran demasiado transpersonales, combatía demasiado en contra de la realidad de su tiempo como para que, en busca del éxito fácil, pudiese recurrir al halago de las masas. Más bien afirmaremos que su propia elocuencia y el eco que encontraban sus palabras en los fieles, iban arrastrándolo hacia una radicalización cada vez más extrema de sus ideas.

El anticonformismo de Savonarola, muchas veces desmentido de labios afuera por tardías declaraciones de adhesión efectuadas con reserva mental, queda sin embargo patente, a lo largo de su vida, por actitudes definitorias. No en el campo de la fe, en la íntima región de las nociones y emociones religiosas, sino en el terreno donde los hechos de la vida han conseguido oponerse a las enseñanzas evangélicas, es donde el anticonformismo de fray Jerónimo se manifiesta con toda su crudeza. Combate a la usura en una ciudad que asienta sus instituciones sobre la base de una burguesía comercial, para la cual el afán de lucro es virtud suprema; en una república que, cuarenta años atrás, había condenado al ostracismo a otro sacerdote, fray Bernardino da Feltre, por agitar idéntico asunto. Combate a la simonía, la compra y venta de dignidades eclesiásticas, que por aquel tiempo era negocio cotidiano de papas y obispos. En la denuncia de esas profanaciones, el monje de Ferrara, aunque no era propenso a la temeridad, ultrapasa con frecuencia los límites que separan la prédica de la agitación.

Nunca entendió fray Jerónimo de oportunismos ni componendas. Era lo que hoy llamamos un *hombre de principios*, con todas las limitaciones que dicha actitud puede implicar, pero también con todo el valor personal que se requiere para asumirla.

Hay que notar que dicha rigidez doctrinaria no provenía en manera alguna de estrechez mental, sino que estaba dictada por una clara noción de lo que resultaba conveniente y hasta necesario para el progreso moral del hombre. Sólo que Savonarola actuaba en un tiempo y en una sociedad que iban saliendo de la galvanización religiosa para precipitarse en un espléndido paganismo redivivo. Esta tendencia general del espíritu renacentista había echado raíces también entre los eclesiásticos, para muchos de los cuales las reformas propugnadas por Savonarola chocaban con sus más vivos sentimientos de emancipación individual. Cuando fue nombrado prior de su convento, fray Jerónimo reorganizó las bases de éste para adecuarlo a las reglas primigenias del ascetismo dominicano. Las pertenencias de la congregación fueron vendidas y ningún fraile gozaba del derecho de propiedad sobre bien alguno, ni siquiera sobre su hábito, sobre su celda o sobre sus libros, que debían intercambiarse periódicamente para impedir así la fijación de afectos hacia las cosas materiales.

Este comunismo a ultranza, contenido en las reglas de la Orden pero caído en desuso desde hacía ya tiempo, suscitaba vivas resistencias entre los hermanos de más edad, quienes paradójicamente resultaron ser, con su espíritu conservador, mentores involuntarios del tiempo nuevo que se avecinaba y cuya tendencia resultó, al fin, triunfante.

También en el gobierno de la ciudad, del cual nunca formó parte, pero en cuyos problemas se lo llamó a colaborar después de la expulsión de los Médicis, aconsejó la aplicación de un criterio evangélico que resultó impracticable, aunque rico en sugerencias fecundas. *Dejad las pompas y vanidades* —exclamaba—; *vended vuestras cosas superfluas y ayudad a los pobres. Dadles, al menos por este año, los subsidios de la Universidad de Pisa, y si eso no bastara, tomemos los vasos y ornamentos de las iglesias y yo seré el primero en contribuir. Pe-*

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

ro, sobre todo, abrid los talleres y dad trabajo a estas gentes que van ociosas por las calles.

No solamente la caridad, sino un acendrado espíritu de justicia inflamaba esta prédica, a la que tampoco eran ajenas ciertas consideraciones de política económico-social, teñidas de utopismo.

En cambio, era enemigo de aquellas formas espontáneas y tumultuarias de democracia directa que habían aprendido los pueblos del ejemplo de las asambleas populares germánicas, o bien de las mismas tradiciones de la República romana decadente. Los *parlamenti* florentinos no conservaban, en verdad, poder ni iniciativa alguna, sirviendo tan sólo de tapujo legal para cualquier proyecto más o menos infame que se quisiera hacer aclamar, sin mucho estudio, como ley del Estado. Contra ellos dirigió sus baterías el fraile, enajenándose buena parte de su popularidad y demostrando una vez más que no procedía con demagogia, sino con la clara guía de la inspiración que decía estar recibiendo de Dios.

En estas luchas consigo mismo y con su circunstancia, las olas de la adversidad se encrespaban y encontraba dura oposición a su mensaje. Lejos de ser dueño de sí, su temperamento apasionado lo hacía cada vez más esclavo de los sucesos exteriores, agriando y endureciendo su voz y su carácter. De la serena y noble predicación evangélica se iba deslizado con premura hacia el más vertiginoso, violento e intolerante tono apocalíptico, salpicado de imágenes e imprecaciones extraídas del Antiguo Testamento. Su vida entera fue una pasión agotadora y lamentablemente inútil, ya que fue una pasión contra su siglo. El sutil virus de la voluntad de poder se había adueñado de sus entrañas, disfrazando su llegada con el pretexto de que él, Jerónimo Savonarola, tenía la responsabilidad por la suerte de todo un pueblo. Y si bien había logrado renunciar a todo interés material, no consiguió renunciar al Yo egoísta, a su individualidad intransferible... y en esto ya no es un representante del medioevo, sino una típica expresión del espíritu renacentista, al que, sin embargo, combatió hasta su último instante.

Por encima de su influencia personal y el calor de su prédica, había tendencias en la sociedad de su tiempo que ponían una valla infranqueable a los intentos de Savonarola por moralizar la vida de Florencia. Esas tendencias no eran solamente las de la inmoralidad reinantes, sino también las de la economía burguesa en ascenso, la que veía enormemente constreñida su expansión a causa de las anacrónicas disposiciones sobre ayuno, frugalidad, recato y sencillez en el vestir, prohibición del juego, del baile, de la usura y de la prostitución, y otras muchas de parecido jaez que afectaban a una actividad comercial cada vez más intensa y, por ende, más invencible.

Las tendencias económicas y espirituales de su época debían, finalmente, vencerlo —suponiendo que no lo lograran sus enemigos políticos y su gran contendor, el Papa—, porque, a decir verdad, Alejandro VI reaccionó ante los ataques de Savonarola con una parsimonia y una paciencia poco usuales en los hombres de su tiempo, máxime teniendo en cuenta que el fraile debía al pontífice todas las consideraciones y la sumisión involucradas en el principio de autoridad que los unía. Si audaz y valerosa fue la rebelión del fraile contra el amo indiscutido de la Iglesia, enorme fue, asimismo, la prudencia de éste para manejar tan delicado asunto. Puede decirse que Savonarola estaba poseído de una intensa sed de martirio, que lo impulsó a buscar su propia destrucción no tanto en la obra constructiva de un movimiento realmente emancipador, sino en una continua actitud provocativa que terminó por irritar y hastiar a todos.

No sabemos si su suerte hubiera sido más benigna de lo que fue, si el propio Papa hubiese conseguido apresarle. Pues, aunque su proceso fue instruido con intervención de comisionados papales que actuaron junto con los civiles, nadie podrá dudar de que fue el propio pueblo florentino, y es más, su propio partido, quienes lo sacrificaron. Aunque pocos fueron capaces de percibirlo entonces, hoy vemos que el enjuiciamiento de Savonarola constituyó también el de toda una época ya caduca (la Edad Media), a manos de un nuevo período histórico. La exaltación de la fe que fray Jerónimo represen-

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

taba, su intento de fundar un reino de Dios sobre este mundo por medio de la sola predicación, eran puntos de vista medievales que el Renacimiento ya no quería aceptar. La política debía seguir, de ahí en adelante, como efectivamente lo ha hecho hasta el presente, caminos de más concreta eficacia, divorciándose de la religión y de la moral. Así lo comprendió un joven y genial contemporáneo de fray Jerónimo, al escribir: *... Todos los profetas armados triunfan, y los desarmados se arruinan; porque los pueblos son de carácter tornadizo, y si es fácil convencerlos de una cosa, resulta difícil mantenerlos en tal convencimiento, de modo que conviene hacer las cosas de modo que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar mucho tiempo sus leyes si hubieran estado desarmados*, como aconteció en nuestra época a Fra Girolamo Savonarola, *que se arruinó con sus nuevas instituciones en cuanto la gente empezó a no creer en él, porque no poseía los medios necesarios para conservar la lealtad de los que habían creído ni para hacer que creyeran los incrédulos.*

Un juicio tan inteligente sobre el escaso valor de la fe como instrumento de construcción política, debiera de hacernos reflexionar acerca de nuestras actuales ilusiones de mejoramiento social, que en su mayor parte reposan sobre artículos de fe laica. Más que ilusiones e ideas, necesitamos adquirir *hábitos* de vida comunitaria libre, para que nuestros sueños de revolución social se hagan reales. Y si hemos dejado hasta aquí en suspenso el nombre del autor de la cita transcrita, fue para no apoyar nuestras afirmaciones sobre el principio antilógico de autoridad, y para que pudiéramos reflexionar más libremente sobre su error o certeza. Pero no podemos escapar a la tentación de consignarlo: se llamaba Nicolás Maquiavelo.

Como epílogo de esta evocación de la historia de fray Jerónimo Savonarola, diremos que el rebelde dominico debe ser catalogado ideológicamente como un factor reaccionario dentro de su época. No decimos esto en razón de la ortodoxia que profesó siempre en su doctrina, sino porque soñó con implantar en su tiempo modos de vida ri-

gurosamente dirigidos hacia Dios, como ni la propia Edad Media los había conocido, salvo en sus órdenes monásticas y caballerescas. No entendió a su época ni a la nueva visión antropocéntrica que la misma inauguraba. Quiso la libertad para sí, pero no para los demás, y ello se reveló en su conducta para con la sublevada Pisa, a la que no podía concebir independiente del yugo florentino. Su apoyo al invasor francés, basado en oscuras conjeturas de designios providenciales, y su negativa a que Florencia integrara alianzas con otros estados de la península, lo privan de figurar entre los hombres que, ya en su momento, intuyeron la posible y deseable unidad itálica.

Predicó contra el Papa y la Iglesia de Roma en nombre de una más pura sujeción a los principios del antiguo Cristianismo, sin llegar, empero, en ningún momento a atacar el dogma ni a recabar para el hombre común una participación más directa en los problemas de Dios y de la religión. Sin embargo, aún sin él proponérselo, su rebeldía llegó a repercutir con amplia resonancia en los espíritus de su tiempo, convirtiendo una mera cuestión disciplinaria en un alegato contra la propia institución eclesiástica, tal como había sido concebido hasta ese entonces. Toda una literatura polémica surgió alrededor de sus profecías, impugnando o defendiendo la excomunión que el Papado había hecho caer sobre su persona. Los seglares se pusieron a discutir arduos problemas religiosos y teológicos, que hasta entonces habían sido patrimonio exclusivo de doctores y seminaristas; se comenzó a invocar a las Sagradas Escrituras para enfrentar con su letra y con su espíritu a los decretos y breves pontificios; el propio Savonarola recibía cartas de adhesión desde Francia y Alemania, reveladoras de que también en esos países había comenzado una revolución del pensamiento que conduciría, treinta años después de su muerte, a ese otro extremo pendular de la historia eclesiástica que se llamó *la Reforma*.

Después de dar término a su tratado teológico-político sobre *El régimen y gobierno de la ciudad de Florencia*, realiza Savonarola su postrer esfuerzo por imponer a la cristiandad el reconocimiento de la

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

justicia de su posición: busca reunir a un Concilio Ecuménico de la Iglesia Católica para que éste dirimiera su conflicto con el Papa. Para ello escribe a los reyes y emperadores de Occidente, solicitando su apoyo para la reunión de dicho Concilio y haciéndoles ver el origen simoníaco de la dignidad que Alejandro VI revestía. Esta carta no habría de llegar a sus destinatarios, pero sí una copia de ella a manos del Papa.

Por ese mismo tiempo comenzó a tomar cuerpo en Florencia, más allá de las disputas teológicas y doctrinarias, un género de apuesta muy grato al sentimiento de las muchedumbres. Un fraile franciscano, contradictor de Savonarola en el largo pleito que tenía dividida a la ciudad, propuso la prueba del fuego como testimonio providencial en favor de una u otra doctrina. Una gran hoguera sería levantada en la plaza de la *Signoria*, y a sus llamas deberían someterse ambos contrincantes, para que Dios mismo fuese quien expresara su aprobación al que de ellas saliera indemne. El pueblo, no muy favorecido con diversiones desde que la mirada de los *frateschi* vigilaba las costumbres de la ciudad, vio de pronto en aquella apuesta una ocasión inigualable para presenciar un espectáculo público inusual. Los propios magistrados se encargaron de organizarlo, aunque de inmediato surgieran en cada bando hombres que se ofrecieron como sustitutos para reemplazar a los protagonistas originales de la competencia. Después de larga discusión fueron aceptados los reemplazantes, pero el día de la prueba transcurrió en vanas disputas acerca de las condiciones en que aquélla habría de cumplirse, hasta que fue finalmente suspendida a raíz de un temporal de lluvia que se descargó sobre el lugar.

En realidad, la atención de todos estaba concentrada en uno solo de los contendientes de aquel singular duelo: en Savonarola. Daba lo mismo quién fuera el ocasional adversario; lo importante era cómo iba a salir de la prueba aquél que se decía inspirado por Dios y que al amparo de dicha invocación ejercía, desde tiempo atrás, una tutela moral sobre el pueblo de Florencia, tutela que ya estaba resultan-

do harto molesta. En lo íntimo de todas las conciencias latía un ambivalente deseo de ver confirmarse con un milagro divino aquel liderazgo de Savonarola, o bien que la ígnea prueba demostrara la superchería de las invocaciones del fraile y permitiera a los florentinos sacudirse de la espalda su asfixiante hegemonía. Nadie ignoraba que, por encima de las dos vidas que se expondrían en la hoguera había un solo prestigio en juego: el de fray Jerónimo y su bando.

Por eso, el fracaso de aquella ordalía, cuyo resultado con tanta ansiedad esperaba el pueblo de Florencia, fue interpretado en el sentir de todos como el signo de la insurrección. En la mañana del 8 de abril de 1498, domingo de Ramos, una muchedumbre enardecida corrió al asalto del convento de San Marcos y puso fuego a las residencias de varios partidarios de Savonarola. Este fue aprisionado y conducido al Palacio de la Signoria. Compartieron su detención fray Silvestre Maruffi y fray Domenico da Pescia, quienes completaron con fray Jerónimo el triunvirato que de hecho gobernaba a la Orden de los Predicadores en Florencia.

La magistratura de la ciudad se hallaba en esos momentos en manos de los adversarios políticos de Savonarola. No podían desperdiciar tan espléndida ocasión para desembarazarse del odiado *frate*, y concentraron sus acusaciones sobre el engaño que éste estaba cometiendo con su pretendida inspiración divina y el don profético que decía poseer. Como sucede tantas veces en casos análogos, aquéllo no era más que un subterfugio para encubrir una evidente inquina política. La detención del *frate* daba a la burguesía de Florencia la oportunidad, largamente soñada, de reanudar los vínculos económicos y culturales con el resto de Italia, como así también de obtener del Papa el levantamiento de la interdicción que pesaba sobre la ciudad. El Sumo Pontífice no sólo dejó sin efecto, de inmediato, las medidas que había dispuesto contra Florencia, sino que prometió solucionar favorablemente varias cuestiones de interés político para la ciudad. Exigió, eso sí, que en el interrogatorio a Savonarola estuviesen

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

presentes dos sacerdotes, y que una vez examinado el detenido, fuera remitido a Roma.

Fray Jerónimo fue sometido a tormento con el objeto de arrancarle la confesión de su herejía y de su falso don profético. Ninguno de sus poderosos partidarios, algunos de los cuales volverían a figurar en el primer plano de la política florentina después de su muerte, levantó un solo dedo para defenderlo. Pagaron con su quietud cómplice la tranquilidad de que no se les perseguiría, pues la cosa no era con ellos sino con el fraile y sus dos hombres de confianza. Nunca se sabrá con exactitud, hasta que contemos con el método para leer en el registro espiritual de la historia, cuáles fueron las torturas que soportó y qué lenguaje empleó en sus declaraciones. Las actas de su proceso contienen arreglos que resultan sospechosos a la crítica desprejuiciada de hoy. Sin embargo, parece evidente que la afirmación de sus pretendidas dotes proféticas tuvo comienzo en una deliberada mentira, en un engaño hecho a los fieles que terminó por convencerlo a él mismo a través de un típico proceso de autosugestión. Así lo declaró durante los interrogatorios a que fuera sometido, y así lo corrobora la índole de sus profecías.

Lo cierto es que los magistrados mostraron al pueblo estas declaraciones, haciéndole ver que había sido engañado durante ocho años por un fraile que se decía enviado de Dios y cuya actuación llegó a hacer caer la interdicción papal sobre la ciudad. Sin embargo, la demostración de su falso profetismo no era aún motivo suficiente para justificar una condena a muerte, condena que sus enemigos ya habían maquinado desde el instante mismo de su captura.

Tampoco la justificaban las declaraciones del segundo proceso al que acto seguido se lo sometió. Tuvo después veinte días de calma en su celda, mientras la *Signoría* negociaba con el Papa la autorización para juzgar definitivamente al reo, sin necesidad de remitirlo a Roma como había querido el Pontífice en un principio. Alejandro VI consintió, finalmente, en que Savonarola y sus compañeros fuesen juzgados en Florencia, y envió a dos comisarios pontificios a fin de

que intervinieran en el proceso. Se aplicó nuevamente la tortura a los acusados; la investigación no se limitó ahora a los asuntos de fe y de doctrina, sino que hizo hincapié en las relaciones políticas del *frate* con príncipes extranjeros, señaladamente con Carlos VIII de Francia, y los peligros que dicha vinculación había entrañado para Florencia, la Corte Pontificia y sus dominios temporales.

Savonarola cedió al tormento, tembló en su carne ante el dolor y confesó cuanto sus verdugos quisieron arrancarle. Esta vez, el proceso concluyó con la condena a muerte de los tres acusados. Era el 22 de mayo de 1498.

A la mañana siguiente, 23 de mayo de 1498, se cumpliría la condena. Un grabado de la época nos ilustra sobre los detalles de la ejecución, que tiene lugar en la Plaza de la Signoria. Sobre un tablado de madera que, partiendo desde el Palacio, llega hasta el centro de la plaza, son llevados los tres sacerdotes hacia el patíbulo, cubiertos con un sayo y descalzos, después de la ceremonia litúrgica de la desconsagración.

Iban a ser ahorcados e inmediatamente entregados al fuego. La extraordinaria lentitud del procedimiento parecía calculada para hacer desfallecer públicamente a los condenados. En efecto: desde la madrugada, después de la primera misa, los sacaron a la plaza, los despojaron de sus hábitos, se los degradó de su dignidad sacerdotal, se les hizo oír el texto completo de la sentencia a muerte. En todas esas idas y venidas se pasó la mañana y llegó el mediodía. Pasado éste, subió fray Silvestre en primer término al patíbulo. Después de él lo hizo fray Domenico. Los iban ejecutando en orden ascendente de importancia, con estudiado efecto de *crescendo* teatral. Cuando ya eran las dos y cuarto de la tarde, le tocó el turno, por fin, a Jerónimo Savonarola...

Una vez apagados los últimos rescoldos de la hoguera, sus cenizas fueron arrojadas al río Arno como cabal expresión de que no merecían, para aquellos hombres, sepultura más digna ni recuerdo perdurable. El criterio de la posteridad ha cambiado a ese respecto:

Savonarola: una Pasión contra su Siglo

hoy, los lugares que frecuentó, su celda de monje, los objetos que le sirvieron en vida, son reliquias de las que se enorgullece el pueblo florentino y se encuentran convertidos en elementos de atracción turística.

Pensamos que el Altísimo lo perdonó y no excluyó a su espíritu de la gran marea de la vida ascendente. Así lo creyó también Savonarola cuando, en la ceremonia de la desconsagración, al pronunciar el obispo erróneamente la frase: —*Yo te separo de la Iglesia militante y triunfante*, le respondió el fraile con serenidad:— *Sólo de la militante, porque no está en tu poder separarme de la triunfante.*

* CARLOS E. R. HALLER. Nació en Buenos Aires en 1932. Cursó estudios de abogacía en la Universidad Nacional de Buenos Aires y actualmente es profesor adscripto en la Universidad Católica *Stella Maris* de Mar del Plata.

